

Oscar Rojas Jiménez

Félix Armando Núñez



PUEDE afirmarse que la poesía de Félix Armando Núñez nace en el mundo diáfano de la nostalgia. Es un escritor en verso que nació para cumplir noble misión en la tierra donde se agitan los seres cotidianos en medio del dolor o la alegría. Cada uno de sus versos, de sus estrofas, de sus formales poemas, tienen color y características inconfundibles, diferenciándolos apreciablemente de la línea general de la poesía venezolana de los últimos años. El color violento del trópico, la pasión arrebatada mezcla de pesimismo, desolación y rebeldía, que se advierte en la mayoría de los poetas venezolanos del siglo actual, se transmuta en el sentir de Félix Armando Núñez en una serenidad filosófica, propicia para dialogar sosegadamente a la sombra acogedora de los árboles de la primavera, tan presentes y tan gratos en su poética. Desde las latitudes australes donde reside ha muchos años, tiende su mi-

rada serena hacia el norte, y su país natal lo lleva cariñosamente a la tierra de su infancia y de sus años adolescentes; tierra dormida entre verdes llanuras y naturaleza selvática. La mirada se va entonces corazón adentro para recordar. Allá lejos, como un sueño infantil poblado de héroes, está Maturín. Sus sabanas se doran al sol de los llanos orientales, se iluminan con la flor amarilla del araguaney y se aroman de sonidos con el trémolo sostenido de las cigarras veraniegas. Por estas tierras cruzan también los hombres y un grito lastimero que desgarrar las sombras se anuncia con un batir de alas en el vuelo torpe. Son los alcaravañes, las aves pensativas de ojo alerta, amigas del crepúsculo y del alado sueño.

La evocación de la llanura y de sus pueblos tristes, está presente en la poesía de Félix Armando Núñez. Sus poemas venezolanos, como él mismo dice, son amarga nostalgia de la tierra. El canto, rara vez apasionado, se irgue esta vez poderoso ante la evocación y es entonces: «racha de amor, amarga ola hirviente».

Siempre aferrada a su corazón vive la tierra de Venezuela: las canciones llaneras que palpitan en el cedro musical de las guitarras; los ríos caudalosos con magníficas historias donde se narra sin palabras la libertad; las aguas mensajeras, silenciosas, de la tenebrosa selva tropical, llevan a la mar profunda su perfume de sarrapia y balatá. Félix Armando Núñez las evoca en sus «*Motivos Venezolanos*», mira en sueños

ese mar antillano bautizado con aguas de Apures y Orinocos. Luz, alegría, color y ruda faena, templó el amor a la tierra de esos ágiles «mocetones recios de la isla de Margarita», que lucen al viento libre y azul los músculos de bronce. En sus ágiles y frágiles embarcaciones cruzan siempre los innumerables caminos de la mar; visitan extrañas tierras, entran al «Canal de Curazao al rojo mediodía» y en medio de sus mercados flotantes surtidos con los espléndidos frutos de la tierra venezolana, izan en el mástil con sagrada devoción el tricolor de la Patria.

Félix Armando Núñez, como los expertos marinos a quienes ha cantado devotamente, un día cualquiera abandonó las aguas, la tierra y los cielos de la Patria. El Océano Pacífico abrió su ojo azul e inmenso para mirarlo llegar. La tierra chilena, nuevamente extendió sus brazos cordiales para recibir otro venezolano ejemplar seguidor de las huellas de Andrés Bello, varón consagrado al bien y a la cultura de la juventud chilena, desde la Rectoría de la Universidad de Santiago. Frente a los más altos picos de los Andes donde el vértigo anuda la emoción viajera, o frente al mar de acerado brillo tan diferente al Caribe turbulento y añil, el poeta venezolano Núñez dedicóse a continuar la tarea de forjador de espíritus en la Universidad de Concepción. Seguía las huellas de Andrés Bello no solamente en el campo de la enseñanza: también su poesía iba a enraizarse vigorosamente a la tierra austral. Hermosos y profundos poemas con el

color y el aroma de Chile han enriquecido su bibliografía. Canta a las primaveras azules, llenas de gracia, a las flores, al brillo fulgurante del agua, al junco que en su «estilo mágico acentúa, el desmayo de amor que lo domina».

Enamorado siempre de la Naturaleza, es un naturalista lírico que observa atentamente la llegada de las estaciones en sus árboles queridos. Un invierno cualquiera fijóse en el viejo árbol que decora solemne la plaza de Concepción. Miró cariñosamente la copa verde obscura de aquel *pittosporum*; sintió su perfume cálido estival, cuando llegaron aquella noche los diez mil luceros a reposar su cansancio cósmico en las hojas insomnes. El árbol llevó su imaginación velozmente por las rutas radiantes del arte. Pensó en Leonardo de Vinci, el del genio profundo, en sus madonas de formas perfectas y sublimes, propicias para tenderse, amadas y amantes, a la sombra fresca y hechizada del árbol amigo. Como la tierra venezolana de la adolescencia la tierra del sur vive también fresca y vigente en su poesía. Sus erizadas moles «de cara al viento hostil» templaron el alma de los antiguos araucanos y «el hielo rudo» de los ventisqueros partió la costa larga hasta el confín del mundo. En las alturas silenciosas y solemnes volaron rumorosamente los cóndores de cara al cielo pálido. Angustias, cataclismos, «torbellinos de nieve», el hombre de la tierra chilena, como el Aconcagua, es anhelo infinito. El «canto heroico a Chile», de Félix Armando Nú-

ñez, es el de aquel que ha dialogado larga y sostenidamente con la naturaleza desgarrada para interpretar hondamente sus misterios.

Pero su poesía no es solamente nostalgia y expresión objetiva de la naturaleza y del hombre. Ella penetra sutilmente en las maravilladas comarcas de la magia. Entonces otra es su actitud. El lenguaje se vuelve íntimo, vestido tan sólo con el alma para ocultarse de las miradas profanas y como al paisaje de otoño, toda dulzura y serenidad inefable. Las palabras íntimas cantan y cuentan al amor únicamente para los que han sabido penetrar en su mundo sagrado con la serenidad y el silencio propicio para el rito. Alma, canción, alegría, júbilo eterno y maravillado ante la gran flor azul del misterio. Gran amor, canción eterna que no deberá herirse con las palabras vanas de los mercaderes. Comprensión de los gestos y de la actitud elemental de la ternura. «Vigor del hombre hecho dulzura suma», y la mujer, «fragilidad de espuma».

Y esta poesía serena —espejo de luz e íntima alegría— es la de un contemplador de la belleza. Para un emotivo es el viaje soñado por un camino sin nombre, desviado de la ruta del cotidianismo. Conduce, sin fatiga, a una ciudad eterna donde no existen debilidades humanas. Por ella cruza en éxtasis el viento de la tarde, y el viajero de hinojos mira el claro cielo; aprecia la música de las palabras y descubre su intención profunda. Finalmente, siente «que por sobre

las normas transitorias tiene un valor eterno esta última pureza».

Nota: Félix Armando Núñez nació en la ciudad de Maturín, Estado Monagas, el 28 de noviembre de 1897. A la edad de 16 años se ausentó del país para residenciarse en Chile. Allí siguió estudios y obtuvo el título de Profesor. Debido a su extraordinaria vocación y a sus conocimientos pedagógicos fué nombrado Secretario de la Universidad de Concepción en Chile. Formó parte del Comité de redacción de «Atenea», revista publicada por ese Instituto docente.

Poeta lírico por excelencia, ha publicado numerosas obras poéticas entre las cuales cabe citar: «La Luna de Otoño», «La Voz Intima», «El Corazón Abierto», «Canciones de Todos los Tiempos» y «Moradas Imprevistas». Félix Armando Núñez, profesor y poeta de vasta cultura, es también un excelente traductor de los líricos alemanes, particularmente de Enrique Heine y de Goethe. También ha traducido poemas del hindú Rabindranath Tagore; recordamos de este autor «El Carnaval de las Lámparas» y el titulado «Luz».